



D. Alfonso Martínez Maldonado

Vista desde el lado humano, la muerte es siempre un visitante molesto e inoportuno. A nuestro D. Alfonso se le presentó cuando estaba a punto de subir al Metro para regresar al Colegio. Y allí, en el mismo andén, le cortó el viaje. El tren perdió un viajero para siempre. Pero vista desde el otro lado, el de la Fe, la muerte es el comienzo del auténtico vivir. D. Alfonso tomaba en aquel andén de la estación del Norte madrileña el billete para un viaje sin retorno a la casa del Padre. Un viaje para la Eternidad. Desde este lado de la fe podemos decir con el salmista:

«Dichosos los que viven en tu casa
alabándote siempre.

Dichosos los que encuentran en Ti su fuerza
al preparar su peregrinación.»

(Sal. 83.)

D. Alfonso Martínez Maldonado había nacido el día 4 de julio de 1922 en el pueblo de Manzanares (Ciudad Real).

En la capital de La Mancha estudió los primeros cursos de Enseñanza Primaria en el Colegio San José, y luego tres cursos más con los religiosos Marianistas.

En diciembre de 1954, ya con treinta y dos años de edad, entra en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de Madrid, como postulante y en calidad de enfermero. Al año siguiente hace su noviciado en Mohernando. Algun compañero de curso recordaba los esfuerzos que tenía que hacer el novicio Alfonso para memorizar los artículos de las Reglas que el Padre Maestro le exigía, como a los demás, «ad pedem litterae». Pero, salvado ese difícil aprendizaje, hizo sus votos temporales el 16 de agosto de 1956.

Ya salesiano profeso, ejerce su primera ocupación en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca como encargado de granja y despensa. Cuatro años más tarde, 1961, se encuentra de cocinero con los aspirantes de Zuazo de Cuartango (Alava). La cocina será, a partir de este momento, el fundamental campo de acción de toda su vida salesiana. El 16 de agosto de 1962 profesa con votos perpetuos en Deusto (Bilbao). Y, siempre entre pucheros, salsas y condimentos, pasa sucesivamente por las cocinas de Burgos (1961), Deusto (1963), Guadalajara (1967), Aspirantado de Coadjutores (1968), Colegio de San Fernando (1970), Carabanchel (1974), Estrecho (1975). Al calor de esta cocina del Colegio de Estrecho maduró sus últimos días para la Eternidad. Muere el 15 de diciembre de 1979.

Resulta difícil hacer su etopeya. No lo pretendo. Sólo unos apuntes para el recuerdo:

Era D. Alfonso de carácter alegre, aunque con altibajos que se fueron acentuando en los años finales por dificultades de salud. Padecía, desde tiempo atrás, de diabetes con repercusión en la vista que fue perdiendo de modo alarmante, y deficiencia coronaria. Esto último debió provocar su fin.

Gustaba de la música, especialmente de la música española, y cantaba con voz todavía potente y afinada, en sus momentos de euforia.

Sus quehaceres culinarios no siempre le permitían asistir con la Comunidad a las prácticas religiosas, pero frecuentemente se le veía en la capilla a deshora, en coloquio personal con el Señor.

Tenía D. Alfonso muchos amigos que él cuidaba con especial atención. Se sentía feliz cuando le visitaban y se mostraba, especialmente con los jóvenes, cariñoso y afable. Muchas reuniones juveniles endulzó con pasteles y tartas salidas de sus manos. En este campo de la repostería, D. Alfonso era un auténtico experto. La cocina dejaba entonces de ser lugar de trabajo para convertirse en taller de artista. Eso era para él hacer confituras: un arte y un «hobby». Toda su exigencia, que era mucha en el desempeño de su cargo, se ponía de manifiesto a la hora de confeccionar pasteles, tartas, hojaldres, pepitos, floretas, mantecados, brazos de gitano, roscones de reyes, buñuelos de viento, rosquillas de huevo y un largo etcétera que hacían las delicias de muchos golosos. ¡Cómo le echamos de menos a la hora del postre!

La muerte fue un golpe inesperado. Aunque días antes había tenido unos amagos de paro cardíaco, nada hacía predecir su final.

El sábado, día 15, había acudido a una boda a Talavera de la Reina. Ignoramos cuándo ni cómo regresó de allí a Madrid. Alrededor de las nueve de la noche entró en la estación del Metro para trasladarse al Colegio. Poco antes había llamado por teléfono anunciando que llegaría hacia las diez para que la puerta estuviera abierta. Pero no pudo coger el tren que le trasladase a casa. Allí mismo, en el andén, con el pie en el estribo, cayó fulminado. Ya cadáver, fue llevado al Instituto Anatómico Forense. A la una de la madrugada recibimos la triste noticia.

El día 17, por la tarde, se celebró en el Colegio, presidido por el señor Inspector, un funeral por su alma. Asistió una nutrida representación de Hermanos de las casas y de las Hijas de María Auxiliadora. Fue un emocionante espectáculo de Fe y afecto fraternal. Al día siguiente sus restos eran conducidos en un furgón a Ciudad Real para ser inhumados junto a su madre, según deseos de sus familiares y del propio D. Alfonso.

Queridos hermanos: «Dios se encuentra también entre los pucheros», decía la gran Santa de Avila. Esperemos que nuestro don Alfonso lo encontrara cada día entre tantos cachivaches de cocina,

para reencontrarlo ahora, ya sin velos ni ocultaciones, en un definitivo abrazo final. Y si quien acerca a unos labios sedientos un vaso de agua fresca tendrá su recompensa, ¿cómo no esperarla para quien toda su vida estuvo desde su puesto en esa actitud de ofrecimiento? Esperamos para D. Alfonso el premio generoso del Padre. Pero al notificáros su ausencia de entre nosotros, os pedimos también una cariñosa oración por su alma.

En nombre de la Comunidad de Estrecho, con gratitud.

Elías Miguel

Madrid, 25 de diciembre de 1979.

Datos necrológicos:

Coadjutor ALFONSO MARTINEZ MALDONADO.

Nació en Manzanares (Ciudad Real), el 4 de julio de 1922.

Murió en Madrid, el 15 de diciembre de 1979.

Veintitrés años de profesión.